

# Acercándose al mundo campesino

---

Miguel Briggs

LA OPCION PREFERENCIAL por el pobre es un reto evangélico para todos los discípulos de Jesús. Implica un proceso de asumir la causa de los pobres, de solidaridad en su lucha y de acercamiento a su mundo. En muchos sectores del continente hay un gran esfuerzo de los agentes pastorales por plantar su carpa en medio de los pobres, para vivir el discipulado a partir de una vida codo a codo con el pobre. En este artículo quisiera describir algunos puntos claves de la vivencia en la comunidad campesina y sus implicancias en la construcción de Iglesia.

En 1968, tres hermanas dejaron el pueblo de Juli, capital de provincia, para alquilar una casa en la comunidad campesina de Lama Chico. Desde entonces, más de 30 agentes pastorales religiosas, sacerdotes y misioneros laicos de la Prelatura de Juli han establecido su residencia en el campo. Unos han vivido solos, otros en comunidad y equipo; unos han vivido así por dos años, otros por más de diez. A pesar de los diferentes modelos de trabajo pastoral, existe el objetivo común de acercarse cada vez más a la vida y al ritmo del campesinado. Es un intento de vivir con mayor coherencia la opción preferencial por el pobre y a la vez lograr mayor eficacia en anunciar la Buena Nueva.

Como es obvio, el vivir en el campo no transforma a nadie en campesino. El agente pastoral asume un estilo de vida sencillo, pero no comparte el nivel de pobreza como sus nuevos vecinos (que incluye su comida diaria, educación, vestido, posibilidad de atención médica, etc.). Se estudia el idioma aymara, pero muy pocos llegan a sentirse cómodos en él. Se ubica dentro de la comunidad campesina, pero no hay las mismas obligaciones, instancias de participación, educación, cultura, red familiar, ni privilegios como los demás de la comunidad campesina. De todos modos, es un acercamiento real a la vida profunda del campo. Es oportunidad para estar presente en la vida cotidiana; para conocerse entre personas y así superar la categoría de "visitante"; es un modo para palpar la ansiedad del ciclo agrícola, la comunión de la fiesta, la alegría del carnaval y la opresión de la sequía. Crea las condiciones para aprender: lo observado, los acontecimientos, las conversaciones casuales, el ritmo ordinario de la semana: todo abre a lo profundo de la cultura aymara y al alma de la comunidad. Es un lugar privilegiado para pensar el futuro de la comunidad campesina: tanto para comparar lo debatido a nivel nacional con la marcha de comunidades concretas, como para discernir nuevos elementos que surgen y así aportarlos a la búsqueda nacional.

Desde el comienzo es importante mencionar tres factores que han facilitado este proceso. El primero es la alta población campesina de la Prelatura (la parroquia más grande tiene 200 comunidades campesinas y parcialidades). Entonces, vivir en el campo abre posibilidades de contacto que no se lograría de otra forma. La misma densidad ofrece la posibilidad de relacionarse con varias comunidades mediante una corta caminata. El insertarse en una comunidad campesina, en realidad, quiere decir un acercamiento a unas 15 comunidades por su proximidad. El segundo factor es el vínculo entre la vivencia y labor pastoral dentro de la comunidad campesina con la pastoral de la parroquia. Esta ofrece cierta evangelización mínima a la totalidad de las comunidades y al pueblo (de hecho, es imposible llegar a todos). El ofrecer una evangelización intensa en una zona no implica abandonar todo lo demás de la parroquia. Cabe mencionar que estos dos modelos pastorales aún no se complementan como deben y muchas veces surgen tensiones entre los agentes pastorales. El tercer factor es el ambiente eclesial promovido por el Mons. Alberto Koenigsknoeht;

es una prioridad el promover comunidades de cristianos comprometidos y la búsqueda de nuevos modelos eclesiales. A pesar de tener parroquias sin sacerdotes o religiosas por varios años se ha apoyado siempre a equipos pastorales de campo.

Un elemento clave en el traslado para vivir en el campo es la valoración de la comunidad campesina; lo cual se manifiesta por insertarse en una de las instituciones más antiguas del país para apreciar no sólo como ha establecido maneras para promover la vida digna a través de los siglos, sino también como sigue luchando hoy día para defenderse frente a la opresión creciente que sufre el país. Igualmente para preocuparse por el futuro de la comunidad campesina. Efectivamente, el desafío es muy serio. La reforma agraria que reestructuró las relaciones socio-económicas del campo nacional, no benefició la comunidad campesina de Puno. El D.L. 02 terminó la reforma agraria sin resolver el problema de la tierra, defiende el comercio libre (que garantiza la compra de ganado a menos de lo que cuesta el producirlo); propone la reestructuración de las cooperativas, pero sin considerar a las comunidades campesinas y apunta a la posibilidad de hipotecar la tierra para garantizar un préstamo. Con la sequía se vio con mayor claridad la sobreganancia del intermediario, que compró el ganado por la mínima parte de su valor real sin que el estado interviniera para poner precio fijo al kilo de carne en vivo. Ante todo esto es sorprendente descubrir la paciencia y creatividad de la resistencia campesina: la diversificación de su economía (agricultura, ganadería, comercio, artesanía y trabajos fuera de la comunidad), el modo de integrar la migración dentro de la identidad de la comunidad y sus esfuerzos para organizarse son ejemplos de tal resistencia.

Se descubre algunos elementos de la lógica de la comunidad campesina: costumbres y roles forjados por largos años, según una racionalidad propia. Señalamos unos ejemplos. La autoridad tiene un papel clave en convocar a la comunidad; en fijar sus faenas, en relacionarse con las instituciones y resolver pleitos. Así, cuando la autoridad no se preocupa, la comunidad queda paralizada. La cultura aymara tiene su propia definición de los roles del hombre y de la mujer. Cabe mencionar que la mujer, dueña de tierra y animales, es protagonista en las decisiones de la comunidad y en la familia. Mediante sus juntas comunales existe un proceso democrático y se logra un proyecto unitario más allá de las

tensiones interpersonales. Se conserva el mito de la escuela. Se tiene un gran aprecio por la educación, a pesar de las deficiencias en cuanto a materiales, programas, personal y una orientación que no valora la cultura aymara, la comunidad, la tecnología andina ni la moderna. La educación complementa la formación interna de la comunidad y les capacita para la nueva etapa de la misma: la migración. La comunidad se relaciona con cualquier institución, mostrando una gran abertura a sus iniciativas. Esto refleja cierta seguridad y la esperanza de que lograrán aprovechar lo que les conviene. La comunidad sigue desarrollando así su perspectiva propia. Mantiene un proyecto de vida que no cuaja en los esquemas prefabricados políticos, sociales o eclesiales.

Al vivir en la comunidad se puede palpar la marginación: niños que mueren indebidamente, profesores que faltan días y días a clase, jueces que cobran como mejor les parece, sólo hay participación en la política cuando llegan los partidos antes de las elecciones para hablarles maravillas. Igualmente, al estar presente en la comunidad, uno tiene que enfrentar los límites de la misma: la gran dificultad que tiene en relacionarse con la comunidad vecina (las tensiones respecto a sus linderos les pesan más que los innumerables problemas que tienen en común).

Viviendo en el campo uno se relaciona con las abuelas, niños y dirigentes. Se rompen años de aislamiento cuando no se conocía personalmente a los religiosos. Hay un intento de rescatar las relaciones humanas entre religiosos y campesinado: elemento sencillo, pero clave en la evangelización. Ello implica mayor permeabilidad y oportunidad de escuchar los chismes que corren por la comunidad. Una vivencia así en el campo puede ayudar a encaminar el proceso social. Claro está, si se logra superar la reserva y resistencia pasiva andina: la no invitación a los pagos a la tierra, escepticismo ante los motivos para tal vivencia y la fuerte sospecha de que el agente pastoral es enemigo o pistaco ("qharisiri" o "likichiri" en aymara), o sea, uno que tocando campana hace dormir al desafortunado campesino para sacar su sebo. Igualmente la comunidad campesina es el forum para llegar a conocerse como personas: con historias, parientes, caprichos y generosidad. El agente pastoral poco a poco descubre cómo el campesinado le cuida y orienta y le va aceptando hasta hacerle sentir socio en el diario vivir.

Al entrar en la comunidad campesina, uno asume su historia.

Valora la historia chica: los altibajos del ciclo agrícola, las relaciones interpersonales, los tiempos especiales de celebración y los intentos por organizarse a nivel distrital. Cabe subrayar que cada comunidad muestra una personalidad distinta, con costumbres propias. Descubre el poder e interés particular del campesino rico que se beneficia del "status quo", manteniendo su prestigio por conseguir regalos para la comunidad de las instituciones que proyectan su desmovilización.

De igual modo, uno se acerca al Perú profundo. Comienza a aprender las señales que pronostican el ciclo agrícola, las causas de las enfermedades y sus remedios, sus mitos y dichos, que constituyen una cierta sabiduría popular. Se palpa una religiosidad que está presente en toda la vida. El factor religioso sigue como fuerza dinámica y se expresa en forma compleja: las varias sectas, la religiosidad popular, los líderes religiosos tradicionales ("yatiri" es el que sabe), los catequistas que se capacitaron antes del Vaticano II y su contacto con la Iglesia Católica marcada por Medellín y Puebla.

En este momento quisiera hacer hincapié en algunas implicancias para la construcción de Iglesia a partir de una experiencia en el campo.

Vale la pena iniciar tal reflexión con la cuestión del espacio. Los pueblos representan el lugar del aparato legal, el centro del comercio y la asociación de las familias de los hacendados. Si es verdad que existe un proceso de transformación del pueblo por la participación lograda en el municipio y por la fuerte migración del campo al pueblo (para aprovechar los recursos de educación, las oportunidades de comercio minorista, etc.), aún sigue siendo cierto que el pueblo representa para el campesino un lugar extraño y bajo el poder del "misti".

En cambio, la comunidad campesina es suya. Es el mundo real, donde son los mismos campesinos quienes fijan las reglas del juego. Así, el desplazamiento del agente pastoral al campo tiene cierto papel simbólico de comunicar la opción preferencial por el pobre: opción de compartir lo real, de encontrarse con el campesinado donde él se siente más cómodo y aun de aceptar las reglas que el campesinado ha fijado. Este hecho también anuncia la opción preferencial de la Iglesia por el pobre del campo frente a los del pueblo. Desde allí los religiosos cuestionan el modo de percibir al campesinado y la manera de relacionarse con él.

El contacto informal con el agente pastoral crea y fortalece las relaciones humanas, promueve un elemento clave de la Iglesia: la comunión de discípulos. El contacto en el mercado, la chacra, durante los quehaceres cotidianos, etc., humaniza la imagen de la Iglesia, a menudo vista como institución lejana y ajena. Subraya su rutina cotidiana como proyecto de vida y como lugar para vivir el discipulado. Queda así preparado el terreno para asumir que, efectivamente, ellos son Iglesia.

Implícito en esto está el hecho de que la Iglesia se construye dentro del mundo real: dentro de las relaciones sociales de la comunidad campesina, a partir de la lucha por la sobrevivencia y con toda la riqueza de la cultura aymara. El agente pastoral aprecia la marcha de esta Iglesia de los Pobres con todas sus características propias y tiene la oportunidad de redescubrir su ministerio dentro de ella.

Cabe señalar un factor más. La relación agente pastoral campesino es muy diferente si el lugar del encuentro es el despacho parroquial o la chacra del campesino. Ubicarse en el campo es una experiencia de salir de lo conocido, organizado y controlado, para ir hacia la comunidad campesina, un mundo poco conocido. Es reducir las condiciones de seguridad y poder y asumir cierta postura de vulnerabilidad.

Esta postura posibilita el rechazo (una comunidad no tiene casas disponibles, o después de alquilar una, la necesita el dueño urgentemente). Es un ambiente en que los comuneros escucharán distintas opiniones y evaluarán el actuar del agente pastoral a base de su propia experiencia. Si es cierto que crea las condiciones para un posible rechazo, de igual manera posibilita la opción por un compromiso serio. Anunciar el Evangelio desde la condición de ser vulnerable ayuda a que se lo acoja por sí mismo. Esto evita la ambigüedad del anuncio a partir del poder.

Implícita en el acercamiento al campesino está la valorización de su persona, su mundo y sus idiosincrasias. Es proponer la marcha de la comunidad campesina como criterio para evaluar los programas de todas las instituciones. Al nivel de fe, ubicarse con los preferidos del Señor exige la atención del agente pastoral para discernir la gracia del Señor, su revelación, su Reino ya presente y su llamada a la conversión. Es lugar privilegiado para pensar el proyecto del país y para construir Iglesia.